

“APURIMAC” DE E. NAPOLITANO EN EL TEATRO COLON

Después de una innecesaria reposición de “Le jongleur de Notre Dame” de Massenet representada con plausible interés por todos los cantantes, sobre decorados chabacanos e impropios y una monotonía antiteatral de trajes, se ofreció en la tercera función de gran abono del Colón, el estreno del ballet de H. Iglesias Villoud con música de Emilio Napolitano “Apurimac”.

Mucho de la sugerencia épico-dramática y de la fuerza religiosa que animan la leyenda incaica se ha perdido en la concepción libretística de Iglesias Villoud no pasando de ser el suyo, un argumento desleído y sin conexión escénica. Es por ello que hay que considerar este ballet, más como un “divertissement” escenificado que como un verdadero coreo-drama, pues la ausencia absoluta de situaciones escénicas y la falta de concreción teatral lo apartan de la verdadera esencia del ballet propiamente dicho.

Sobre tal “escenificación” Emilio Napolitano ha sabido componer una música clara, limpia y directa, que si bien, por acordarse al espíritu del libreto, se resiente en lo que de dramático y escénico aconseja la leyenda, conquista por su sencillez y por su musical sinceridad. Basándose en temas pentatónicos tal vez ya excesivamente trillados, Napolitano, ha combinado una partitura amena y agradable, bien compensada en sus proporciones y de una honestidad artística sin precedentes en tal género en el país. Emilio Napolitano sabe sentir la orquesta sin influencias exóticas, y supera por ello, con su nitidez y su precisión, la atracción y las vivas promesas que emanan de su trabajo.

Margarita Wallmann, aún no teniendo a su alcance un conflicto escénico bien delineado supo componer un ballet de gran espectáculo y original y bellísima plástica. Sus sugerencias incaicas son profundas y de una virgindad encantadoras: sus medios plásticos son de una precisión admirable. De allí que en el ballet de Iglesias Villoud ella deba figurar como una verdadera co-autora.

Ballester Peña ha diseñado unos decorados sucios de color pero de eficaz función escénica y unos trajes de una línea tan teatral y tan de ballet que aseguran el éxito del espectáculo sea como intención sea como visión.

Los solistas y el cuerpo de baile, superando su actuación del año pasado, actuaron con una disciplina y un acuerdo digno de mención.

La dirección de Alberto Wolff fue segura, amorosa y comunicativa.

El público premió con calurosos y merecidos aplausos a todos los colaboradores y tuvo para Emilio Napolitano, que es de estirpe de artistas, las más vivas demostraciones haciendo justicia a su voluntarioso talento.

Juan Francisco Giacobbe¹

¹ Artículo publicado en 1944 en diario sin identificar. (N.d.R.)

"APURIMAC", DE E. NAPOLITANO EN EL TEATRO COLON

Después de una innecesaria reposición de "Le joueur de Notre Dame" de Massenet representada con plausible interés por todos los cantantes, sobre decorados chabacanos e impropios y una monotonía anti-teatral de trajes, se ofreció en la tercera función de gran abono del Colón, el estreno del ballet de H. Iglesias Villoud con música de Emilio Napolitano "Apurimac".

Mucho de la sugerencia épico-dramática y de la fuerza religiosa que animan la leyenda incaica se ha perdido en la concepción libretística de Iglesias Villoud no pasando de ser el suyo, un argumento desleído y sin concepción escénica. Es por ello que hay que considerar este ballet, más como un "divertissement" escenificado que como un verdadero coreo-drama, pues la ausencia absoluta de situaciones escénicas y la falta de concreción teatral lo apartan de la verdadera esencia del ballet propiamente dicho.

Sobre tal "escenificación" Emilio Napolitano ha sabido componer una música clara, limpia y directa, que si bien, por acordarse al espíritu del libreto, se resiente en lo que de dramático y escénico aconseja la leyenda, conquista por su sencillez y por su musical sinceridad. Basándose en temas mentatónicos tal vez va excesivamente trillados, Napolitano, ha combinado una partitura amena y agradable, bien compensada en sus proporciones y de una honestidad artística sin precedentes en tal género, en el país. Emilio Napolitano sabe sentir la orquesta sin influencias exóticas y supera por ello, con su nitidez y su precisión, las atracción y las vivas promesas que emanan de su trabajo.

Margarita Wallmann, aún no teniendo a su alcance un conflicto escénico bien delineado supo componer un ballet de gran espectáculo y original y bellísima plástica. Sus sugerencias incaicas son profundas y de una virginidad encantadoras; sus medios plásticos son de una precisión admirable. De allí que en el ballet de Iglesias

Villoud ella deba figurar como una verdadera co-autora.

Baliester Peña ha diseñado unos decorados sucios de color pero de eficaz función escénica y unos trajes de una línea tan teatral y tan de ballet que aseguran el éxito del espectáculo, sea como intención sea como visión.

Los solistas y el cuerpo de baile, superando su actuación del año pasado, actuaron con una disciplina y un acuerdo digno de mención.

La dirección de Albert Wolf fue segura, amorosa y comunicativa.

El público premió con calurosos y merecidos aplausos a todos los colaboradores y tuvo para Emilio Napolitano, que es de estirpe de artistas, las más vivas demostraciones haciendo justicia a su voluntarioso talento.

Juan F. Giacobbe